



ONP
Oficina de
Normalización
Previsional

Historias de un largo caminar



ASEDH

Asociación Educativa para el Desarrollo Humano



**Siempre
con el pueblo**

Vuelo fatídico

Wenceslao Carrillo

Fue en Arequipa, donde el 29 de febrero de 1995 el avión de una aerolínea peruana se precipitó a tierra. Y esa fecha nunca la olvidaré, porque recuerdo perfectamente cada detalle de ese día en el que me tocó estar de turno en el counter de la empresa en el Jorge Chávez.

Las marcas que ese conmovedor hecho dejó en mí están adentro y afuera de mí...

Yo era el jefe de estación del turno de la mañana y el accidente sucedió a las 4 de la madrugada. Es decir, yo comandaría al grupo que debía hacer frente a la angustia,

estupor, y desconsuelo que los familiares habrían de experimentar mientras buscaban información fidedigna sobre lo acontecido con en el avión.

Recuerdo nítidamente a un famoso escultor peruano y a su esposa, una célebre poetiza. Ellos nos desconcertaban a todos por la rara tranquilidad que mostraban ante nosotros. Mientras algunos familiares gritaban a voz en cuello exigiendo pasajes para de inmediato volar a la zona de la tragedia y otros empezaban a lanzar ruidosos insultos contra la aereolínea por considerarla culpable directa del accidente, los esposos permanecían calmados. Yo me preguntaba si tal vez, los esposos no estaban ya dopados con algunos de esos sedantes que se les suele suministrar a los familiares de un fallecido para que puedan sobrellevar mejor el sepelio. Incluso ellos fueron los únicos que mantuvieron la idea inicial de formar una cola para que uno a uno los familiares sean atendido. Por supuesto que por la desesperación ese intento de llevar todo en orden se desvaneció casi de inmediato. En la sala cundía al desorden que, peligrosamente, iba en aumento. Por ejemplo, algunos familiares empezaron a golpear el mostrador y la puerta de ingreso a la jefatura exigiendo la pronta emisión de pasajes para ir a ver con sus propios ojos los pormenores de la catástrofe. Los esposos, uno detrás del otro, esperaban en admirable y raro silencio el ser atendidos cuando el caos menguara.

Los ánimos se exacerbaron aun más cuando comunicamos la orden que acabábamos de recibir por interno referida a que solo podríamos emitir un pasaje

por familia para ir a Arequipa. Cuando los esposos se acercaron a mí, los escuché con especial atención.

—Mírenos, —empezó hablando él— nosotros somos muy mayores y probablemente no podamos sobrevivir al dolor de perder a nuestro hijo, por favor, le ruego nos otorgue pasajes para los dos.

—Caballero —le dije yo— créame que lo haría, pero debo cumplir la orden de mi empresa —él me miró y volvió a hablarme:

—Señor, no nos han dicho en qué estado se encuentran realmente los cuerpos, de repente ya están todos irreconocibles por el fuego que consumió al avión. Y por lo menos que me entreguen lo que queda de él.

—Permítame decirle que aún no sabemos muy bien pormenores del accidente.

—Perdóneme que se lo diga, pero, es sabido que ustedes se ven obligados a ocultar parte de la información. De repente usted ya sabe la causa real del accidente.

—En esta empresa no ocultamos la verdad a nadie —le dije calmadamente.

Su esposa, que había permanecido callada todo este tiempo, intervino y me preguntó:

—Señor, ¿es usted casado?

—Sí —le respondí.

—¿Lleva muchos años con su esposa?

—Sí, 21 años —le respondí sin saber realmente qué buscaba con todo esto.

—¿Tiene hijos?

—Sí, uno —le contesté.

—Dios no lo quiera, pero imagine que a usted le pase lo mismo que a nosotros; perder a nuestro único hijo. Pregunto, ¿cómo se sentiría usted?

Me quedé callado sin saber qué responderle.

—Señor —ella volvió a hablarme— nosotros podemos comprar los dos pasajes, pero sé que este momento su aerolínea solo autoriza un pasaje. Le ruego nos permita viajar a los dos.

—Le repito, señora, no puedo hacerlo. Cuál de ustedes se embarca.

—Ninguno —dijo ella—, no iremos. O los dos... o ninguno. Parece que usted no entiende lo que estamos viviendo.

La gente empezó a protestar porque ya llevaba mucho tiempo hablando con ellos. Pero estos señores parecían tener todo el tiempo del mundo a pesar de lo que vivían.

Empecé a admirarlos, además, me gopleó el hecho de que tuvieran solo un hijo, como yo.

—¡Oiga, ya pues, atienda a todos! —protestó un hombre de voz ronca.

Tenía pocos segundos para resolver, yo quería darles los dos pasajes, pero de repente eso no serviría de nada, porque al llegar al avión no los dejaban subir a ambos. O sí, pero días después me sancionaba por haber contradecido una orden superior y lo peor, me despiden.

—Díganme sus datos —les dije—. Los introduje y de la máquina salieron dos boletos.

Me estaba jugando el puesto, pero no podía dejar de pensar en el drama que vivían.

—Tengan —les dije—, y esperen en esa sala —les señalé con el dedo la sala de embarque.

—Muchas gracias —me dijo ella—, usted se ha ganado el cielo.

“Cielo —empecé a reflexionar sobre lo dicho por ella—, sí, pero gris. Así fue hoy el cielo de Arequipa. Y me quedé pensando en que después de este accidente ya nada sería igual para mí. Vi el dolor, la angustia y desesperación ante la muerte.

Al final, fueron 120 boletos los autorizados para que los deudos pudieran viajar de ida y vuelta. Me indignó

infinitamente que ningún directivo viniera a dar la cara. Incluso, intenté comunicarme con el gerente de finanzas para que nos apoye y autorizara formalmente lo que yo ya había decidido, pero no hubo respuesta... lo mismo que yo sigo buscando hasta ahora: respuestas sobre qué pasó realmente ese día en el cielo de Arequipa.